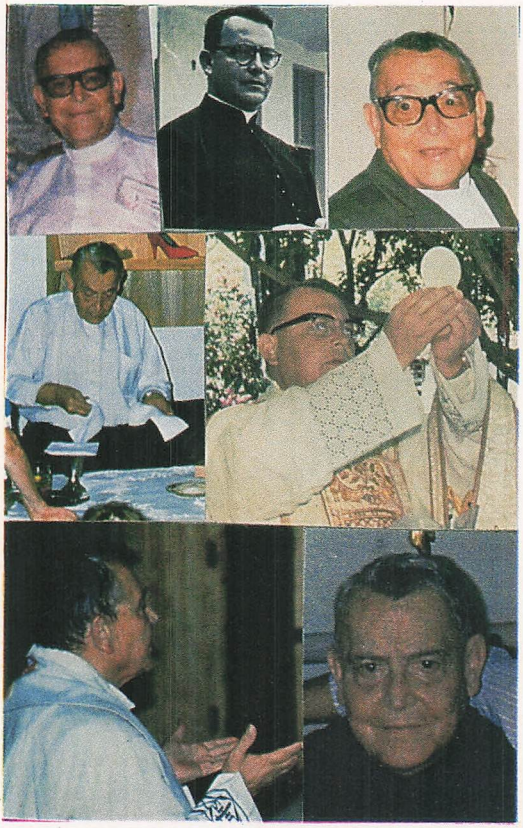
36B007

R.P. LEON ARANGO ESCOBAR

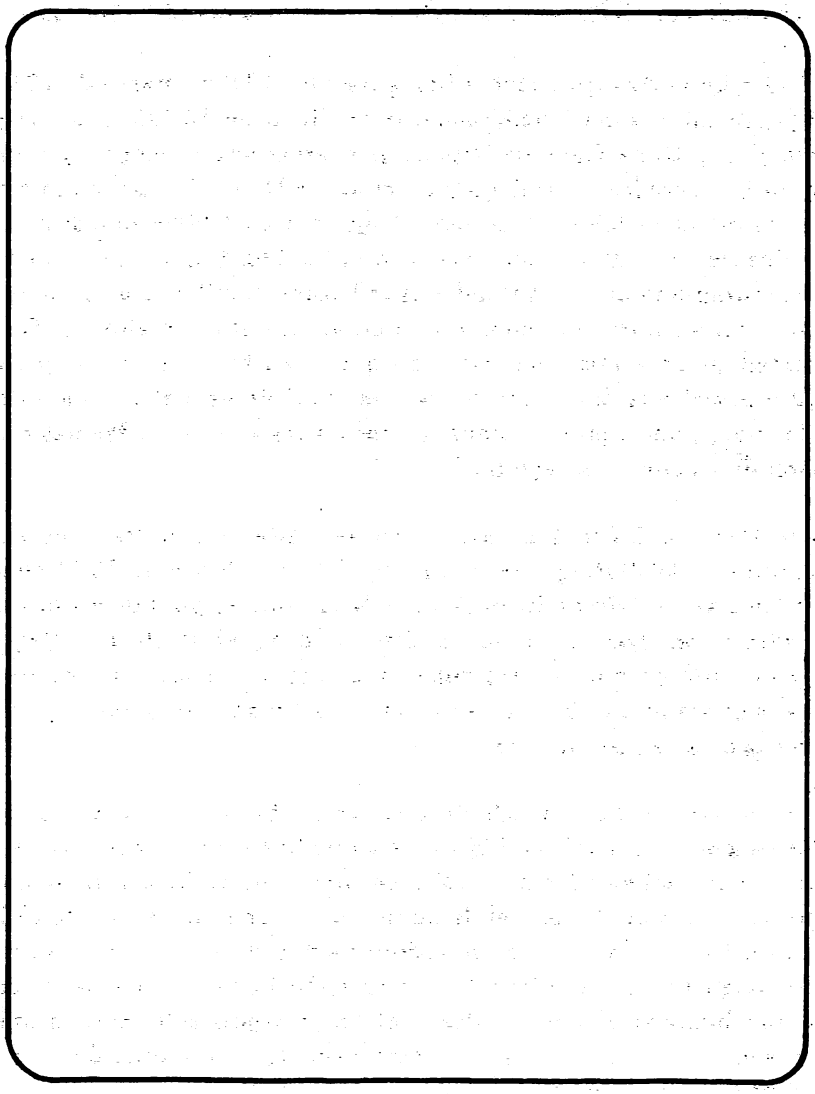
1917 - 1989



Inspectoría salesiana San Luis Beltrán
Medellín – Colombia

R.P. LEON ARANGO ESCOBAR

1917 - 1989



Inspectoría salesiana San Luis Beltrán
Medellín – Colombia

PADRE LEON ARANGO ESCOBAR

A las 7:30 a.m., del 17 de octubre, avisaron de la Clínica que a media noche había entrado en estado grave de coma; una hora más tarde, acompañado de algunos familiares y salesianos, entregó su alma al Señor, serenamente.

El Padre León Arango Escobar había nacido el 18 de marzo de 1917 en Medellín, en un hogar tradicionalmente cristiano de 13 hijos, guiado por Don Alejandro y Doña Gabriela, típicos patriarcas antioqueños, que los formaron en la honradez, el trabajo y el temor de Dios. "Recomiendo a mis hijos —se lee en el testamento de Don Alejandro en 1948— que sean cristianos practicantes y no tibios, que sean siempre unidos y que tengan como norma el fiel cumplimiento de sus deberes religiosos, familiares y sociales, pues así honran mi memoria y el buen nombre que les dejó su madre . . . Como final recomendación a mis hijos, les pido que sigan tributando siempre un culto muy especial a la Santísima Vírgen de los Dolores, patrona de mi familia y de la suya, pues a ellos mismos les consta los especiales favores que por su intercesión hemos conseguido".

En la forma cuidadosa de despedirse de cada uno de los Salesianos de la Comunidad del Sufragio la noche del 16 de octubre de 1989 cuando nos reunímos en la Clínica El Rosario de Medellín, después de visitarlo, sugería el padre León Arango que era su última noche. Mostraba una alegría extraña y una euforia que contrastaba con la angustia de los días anteriores. Dijo que era el día más feliz que había pasado últimamente y que seguramente al otro día estaría con nosotros.

Desde meses atrás venía sufriendo serios quebrantos de salud que lo hacían internar con frecuencia en la Clínica y que lo obligaron a suspender paulatinamente sus actividades pastorales de dirección espiritual de muchas almas atormentadas por el mal y el demonio. A esa lucha se había entregado de lleno los últimos años, con tanto ardor que dos meses antes de morir se había convencido de que la intensidad de su enfermedad era venganza del demonio que buscaba anularlo físicamente para seguir actuando en esas almas. Monseñor Alfonso Uribe, su Director Espiritual, le aconsejó suspender esas actividades y limitarse a la oración.

Sus primeros estudios los hizo en el Colegio San Ignacio y en la Bolivariana. Fue en el oratorio del Instituto Pedro Justo Berrío en donde nació su amor por todo lo salesiano, por Don Bosco y la Auxiliadora. Tanto que a los 14 años el Padre Juan del Rizzo, quien había sembrado la semilla de la vo-

cación en su alma, lo llevó a Mosquera en donde terminó sus estudios y se enrutó definitivamente por la vida Salesiana.

Es interesante encontrar en una vieja libreta la historia de su vida espiritual, con los propósitos de perfección, mes por mes, de 1932 a 1934. Así escribe el 24 de julio de 1933 con ocasión de los ejercicios. "Patrón, Domingo Savio:

1. Proponerme agradar a mis compañeros no discutiendo ni menos peleando con ellos.
2. Obedecer con humildad a cualquier superior, cualquier cosa que me manden.
3. Al despertarme, ofrecer a Dios todos mis pensamientos, palabras y acciones del nuevo día".

De la serenidad y empeño espiritual con los que tomó su Noviciado hecho en 1936, dan fe estas notas sacadas de otra libreta empezada ese año: "Cuál es la causa del entusiasmo que se tiene para la perfección después de ejercicios? El tener presente las verdades eternas y los propios deberes (Padre Maestro). Quiero conservarme siempre con esta decisión de hacerme santo y quiero poner la causa para conseguir el efecto. Procuraré meditar cada día, durante cualquier recreo o estudio, uno de los novísimos y una de las instrucciones que tengo apuntadas en el cuaderno, haciendo al fin de cada mes examen de si he cumplido estos propósitos y si he sacado fruto de ellos".

Y estas palabras escritas como preparación a su primera profesión religiosa, en enero de 1936: "Acuérdate León que el día de tu profesión Religiosa pediste de todo corazón a Jesús y a María que te conservaran siempre en tu vocación y acuérdate de la resolución que tenías de querer morir mil veces y sufrir cualquier suplicio antes que dejar tu vocación. Acuérdate siempre de estas palabras que escribiste con toda tu alma: "Vírgen María, mi querida mamá Auxiliadora consérvame siempre tan puro como ahora me encuentro por mi profesión; conserva siempre en mí el deseo que tengo de amarte, de amar mucho a Jesús, de ser un apóstol incansable de tu amor y del amor a Jesús, de hacerme santo como don Beltrami, al que tomo como modelo, y de ser, en fin, un buen hijo de Don Bosco, un salesiano como Tu lo quieres".

Esta obsesión por la santidad, este espíritu de oración, el trabajo continuo para ser fiel, el amor filial y sencillo hacia María, la presencia de Jesús en su vida, fueron constantes de la existencia del padre León y estuvieron presen-

tes durante sus dos años de filosofía en Mosquera y sus tres años de práctica salesiana en Mosquera y en el Colegio León XIII de Bogotá. Así lo revela en una paginita escrita en enero de 1939, antes de su profesión perpetua: "Habiéndome entregado para siempre a Dios por medio de mis votos, quiero que de hoy en adelante no haya en mi vida nada que no sea para El. Quiero hacerlo todo por su amor y empezar de nuevo una vida que sea sólo para Dios; quiero ser amigo de Dios, amarlo, estrecharlo continuamente contra mi pecho y hablar mucho con El. Dios mío, vénceme con tu gracia, aniquila mi voluntad con tu amor, de modo que en mí sólo haya una voluntad: la tuya".

Los cuatro años de teología, hechos en Mosquera, desde 1941, fueron para el padre León una intensa y profunda preparación para su sacerdocio, un entrar más en contacto con el estudio de la Palabra de Dios que tanto significado tuvo siempre en su vida, un llenar más su vida del Señor.

De la seriedad y dedicación con los que tomó el estudio de la teología da fe el promedio de las calificaciones obtenidas durante estos cuatro años: 9.32/10.

"El Señor se ha dignado traerme a estudiar la Sagrada teología y a prepararme al sacerdocio. Debo recordar a menudo con don Beltrami, que toda preparación es corta para una dignidad como el sacerdocio", escribía en los ejercicios de 1941 y en noviembre de 1943: "Me ejercitaré este próximo año en hacer lo mejor posible mi meditación para prepararme al sacerdocio. He de pedirle a Jesús me conceda un grande amor y una verdadera devoción a su Sagrado Corazón como medio eficaz para llevar una vida interior plena".

La ordenación sacerdotal, recibida de manos de Monseñor EMILIO BRIGARD el 26 de noviembre, de 1944 fue la meta anhelada después de tan rico recorrido espiritual. "Lo de los ejercicios de mi ordenación lo tengo en una hoja aparte que luego transcribiré a esta libreta", escribió, y es una lástima que esta hoja se haya perdido, pero nos imaginamos la profundidad de sus propósitos y de su comunión íntima con Jesús y María.

En su primera casa de novel sacerdote, donde entregó los ardores de su juventud a los muchachos del colegio Salesiano San Medardo, en Neiva, vivió la dolorosa realidad de la muerte de su madre. La carta que envió en esos días a su padre y a sus hermanos, releja su fe, su alegría interior —a pesar del sufrimiento— y su aceptación de la voluntad del Señor: "Hace una media hora que me encuentro en Neiva después de un viaje feliz,

aunque al llegar he revivido los dolorosos momentos, momentos de horas que Dios, en sus designios quiso que apurásemos. . . Espero que nuestro Señor y la Santísima Vírgen que ahora más que nunca debe ser nuestra madre, habrán derramado su consuelo, único que puede llenar ese vacío de mi mamá, vacío que hace desear con vehemencia el cielo donde la hallaremos algún día todos".

Apenas con un año de ordenado, el padre León es nombrado Director encargado de la recién abierta casa de la Ceja, de la que se considera fundador.

Son muchos los exalumnos del Aspirantado/ que lo recuerdan con cariño por su bondad, entusiasmo, prudencia y espíritu emprendedor durante los tres años que estuvo allí.

Fue catequista dos años en Pedro Justo Berrío (1950 — 1951) y un año en Cúcuta (1961), destacándose por la bondad y la preocupación por la piedad y la vida de gracia de sus alumnos. Así escribió, comentando unas buenas noches del padre Manachino: " Debemos infundir el amor a la gracia santificante, a la vida en estado de gracia. Sin esto no hay nada, sin este fruto, nuestro trabajo habrá sido estéril. Pero debemos recordar que Don Bosco consiguió esto con la caridad y no con los golpes".

Se desempeñó como un estricto y organizado consejero en Neiva (1952 — 1953) y en el Colegio León XIII de Bogotá, en la sección de artes (1954).

Ejerció la paternidad especial de Director de los años 55 a 61 en Bucaramanga, en donde aún es recordado con cariño y admiración por su excelente corazón y el progreso que llevó/ a los talleres, con maquinaria que personalmente fue a conseguir a Europa.

Como un milagro se considera la recuperación del Padre León después del viaje a los E.E.U.U., en el 61, en donde fue operado de urgencia de una hipófisis en el cerebro. Sin embargo, su salud fue siempre delicada de ahí en adelante y se complicó años más tarde con problemas cardíacos que requirieron de otra operación y el uso de un marca—pasos. La precariedad de su salud fue quizás, la cruz más pesada que llevó el Padre Arango, pero siempre lo hizo con resignación y aceptación de la voluntad de Dios.

El mismo hablaba las últimas veces que tuvo que ser internado en la clínica,

de las 14 operaciones que le habían tenido que practicar y que él ofrecía a Dios por los pecadores.

En 1962, el Padre Inspector le pidió el servicio de ecónomo Inspectorial, cargo que con mucha responsabilidad y habilidad desempeñó durante ese año. Continuó trabajando en la casa Inspectorial, ahora como delegado de los Exalumnos Salesianos, con los cuales trabajó hombro a hombro en el fortalecimiento y creación de algunos centros de la Inspectoría, como el de Medellín, Cali, Ibagué y Barranquilla.

Desde 1968 hasta su muerte, la obediencia lo destinó a ejercer el servicio de confesor, al que fue siempre fiel y solícito en las casas de Cali (1968—1969), Cartagena (1970 — 1971), Pedro Justo Berrío (1972 — 1974), Ciudad Don Bosco (1975) y el Colegio del Sufragio (1976 — 1989). Disponible siempre para la confesión, los muchachos veían en él al sacerdote prudente, comprensivo, claro, amable y por eso lo buscaban para reconciliarse con Dios. Desde este oficio, ejerció también el de la Dirección espiritual, que fue otro de sus apostolados característicos: Diariamente su oficinita, a la entrada del colegio, estaba llena del Padre León y de alguna otra persona que salía aliviada por su palabra y sus consejos. Fue impresionante, la tarde y noche de su velación y el día del entierro ver el desfile de gente que hablaba del santo que se iba y del consejero y pastor de almas que tanta falta iba a hacer a sus ovejas. Este apostolado de la confesión lo ejercía más intensamente en los lugares a donde viajaba a ayudar en la Semana Santa (Bucaramanga, Cúcuta, La Gaira, etc.).

Este fue el largo recorrido salesiano del padre León. Qué dejó en cada sitio y en cada actividad? Un corazón de oro, un intenso amor y fidelidad a la comunidad, un espíritu de oración permanente y contagiante.

Cuando alguien se refería al Padre Arango hablaba siempre de su excelente corazón, manifiesto en la preocupación por los pobres y necesitados, que acudían continuamente a él en busca de ayuda.

En las escuelas profesionales de Cartagena se comentaban numerosos casos en los que el Padre León salía al encuentro de los indigentes para socorrerlos. En El Sufragio, muchísimas personas llegaban a él para solicitarle ayuda. Varios alumnos pudieron estudiar, gracias a su colaboración en el pago de la pensión. La cantidad de gente humilde y pobre que lloró al Padre Arango y lo acompañó en el entierro, es un testimonio vivo sobre quien escribió en una página de su libreta espiritual: "Sin el continuo ejercicio no se consigue la paciencia y la dulzura. Los grandes artistas no lograron sus

triunfos en 24 horas, sino con mucho ejercicio y paciencia; los grandes santos, que son la flor de la humildad, no loqraron ser santos sino a fuerza de ejercicio y constancia". Y hay que ver cuánto luchó el Padre León, toda la vida, para no traicionar su buen corazón con explosiones temperamentales fuertes, que fueron siempre su caballito de batalla.

De su amor, adhesión y fidelidad a la comunidad salesiana, habla toda su vida; su lucha por mantenerse en ella y hacerla suya durante sus años de formación; la entrega total a sus actividades apostólicas en bien de los demás como catequista, consejero, director y confesor; la preocupación y trabajo por las vocaciones religiosas (Antes de morir entregó un fondo que administraba para ayudar a los jóvenes necesitados que seguían el llamamiento de Dios), su observancia religiosa estricta y alegre: la puntualidad en las prácticas de piedad, su disponibilidad, obediencia y acato respetuoso al superior, su pobreza austera y su desprendimeinto de las cosas (pedía humildemente autorización para recibir un regalo o disponer de algo que le daban); su preocupación por la vida fraterna comunitaria y sus detalles con los hermanos (cuando hacía un viaje, traía un detalle a cada salesiano y alguna cosa útil para la comunidad) y con los enfermos, a quienes atendía cuando podía.

En este aspecto de servicio y amor a la comunidad, es interesante resaltar una faceta un poco escondida del Padre Arango: la musical. Sin ser un especialista en esta materia, compuso la música y la letra de los himnos de algunos colegios salesianos, como el del Sufragio, el de Cali y el del Centro Educacional Don Bosco de los exalumnos de Medellín.

El espíritu de oración fue una constante en la vida del padre León, como respuesta a la presencia del Señor que deseaba siempre en él y en sus actos.

En los ejercicios de 1953, escribió: " Más bien que cansarme haciendo propósitos de ser más piadoso, de ser más humilde y manso, debo proponerme agradar a Dios en todo, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. Procuraré tener esa presencia amorosa que me hará hacer bien todas mis cosas. Este será mi único propósito. María Auxiliadora me ayude a practicarlo y Dos Bosco sea mi modelo ".

Era muy normal encontrar al Padre Arango en la capilla, en íntima conversación con el Señor. La forma recogida como hacía sus prácticas de piedad y como celebraba la Eucaristía era realmente edificante.

En la renovación carismática y en los grupos de oración que dirigía pudo hallar el Padre León una forma adecuada para expresar la profundidad de su vida de oración que no sólo era comunicación con Dios, sino también una manera de ayudar a los demás. Eran muchas las personas que le encomendaban a las oraciones del Padre Arango sus necesidades y angustias y hasta sus males y enfermedades, y muchos los testimonios de los que recibieron gracias especiales de Dios a través de esas plegarias.

Con la oración intensa a Dios, el padre Léon conjugó en sus últimos años, una guerra sin cuartel contra el demonio que se quería adueñar de muchas almas. Su arma poderosa en ese enfrentamiento, al que él atribuyó la decadencia de su salud el último año, fue la oración que con frecuencia se convertía en exorcismo. Fue una verdadera obsesión para él este combate contra el demonio; de sus labios escuchábamos muchas veces la narración de casos extraordinarios de posesión en los cuales él había intervenido para liberar a las almas del espíritu del mal, a través de la oración.

Una manifestación muy viva de su piedad fue la devoción recia y filial a María Auxiliadora, de la cual fue un apóstol incansable. La sentía como su madre, la invocaba continuamente, hablaba de ella, la hacía recordar por medio de estampas y medallas que siempre tenía a la mano. En su libreta de propósitos, es a María a la que encomienda el apoyo de sus buenas intenciones: "María debe ser mi ayuda," "Estos ejercicios han sido como una santa emboscada en que he caído y los que me la han tendido son María Auxiliadora y san Juan Bosco", "Tomo las siguientes resoluciones puestas en las manos de la Santísima Virgen, porque sin su ayuda nada podré".

Por una feliz coincidencia, la tumba del padre Arango, en el cementerio de San Pedro, quedó al lado de la del padre Mariño, otro santo que pasó por esta casa. Que la memoria y el ejemplo de estos salesianos que, como el padre Arango, derrocharon su vida en favor de la comunidad, de la iglesia, de los pobres y de los jóvenes sea para nosotros, los que continuamos en la lucha, un acicate constante en el camino hacia Dios, en bien de la juventud, con el espíritu y el estilo de Don Bosco, ayudados por la mano maternal y poderosa de María.

P. Mario Restrepo B.

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

Arango Escobar León (Sacerdote)
Medellín (Colombia), Marzo 18 de 1917
+ Medellín (Colombia), Octubre 17 de 1989